Año XXII.

PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,

Núm. 50.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA
A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TODA CLASE DE TRABAJOS DE AGUJA, INCLUSOS LOS DE TAPICERIA EN COLORES, CROCHETS, CAMEVAS ETC

Se publica un numero todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.
No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 8 pesos fuertes.—Seis meses 5 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.
EDITOR: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes.—Seis meses 6 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs.—Por seis meses 8 ps. fs.
No se venden números sueltos.

Sumario.—Modas de invierno.—Peinado de tres bandós.—Zapatilla de tapicería.—Paletot de paño Montagnac.—Modas de París.—Las mujeres.—Una noche terrible.—Paletot de paño.—El paje del Rey.—Un año de matrimonio.—Revista de teatros.—*Figurin iluminado.*—Problema de ajedrez.

Modas de invierno.

Trage de popelina gris.—Cada paño está guarnecido por una tira de tafetan negro que pasa por cima la tira del paño inmediato de la derecha y por debajo de la tira de la izquierda. Esta tira tiene 15 centímetros de alto en su medio; disminuye gradualmente y solo tiene dos centímetros de alto en el talle. Un cordoncillo gris va puesto sobre la costura misma de los paños, y separa las dos tiras que suben; el borde de estas últimas está recortado en ondas guarnecidas por un encage negro muy estrecho puesto plano. El corpiño se guarnece con tiras negras de tafetan; se cierra con botones grises bordados de negro. Aquellas mismas tiras forman en la manga vueltas y hombreras, y corren á lo largo de las dos costuras hasta el hombro.

Esta guarnicion se presta muy bien para *modernizar* un trage demasiado corto ó demasiado estrecho; seria muy elegante ejecutada en tafetan negro ó muaré sobre un trage de seda violeta, azul turquí, verde ó *color de castaña.*

Peinado de tres bandós.

Si nó se tiene un cabello muy espeso, es menester preparar las ondas por medio de las orquillas ondulatrices. Esto hincha el cabello y le dá un volúmen relativamente considerable.

Despues de haber partido el cabello como lo indica la cabeza vista por detrás, se divide en tres partes una de las mitades de delante; se emplean tres crepés.

Se peinan hácia adelante los cabellos de las sienes, se los tiene bien tirantes y se clava en ellos el peinecillo del crepé mas pequeño, el cual se cubre echando los cabellos hácia atrás, enrollándolos y sujetándolos detrás. Se peina en seguida *en el aire* el cabello de la frente (partido de modo que deje para el tercer bandó el cabello del lado) y se coloca horizontalmente el crepé mediano, el que se cubre con el cabello de la frente enrollado en seguida y sujeto detrás. Se peina hácia atrás el cabello del lado; se clava en él de arriba abajo el tercer crepé, que es el mayor, y se cubre con el cabello peinado hácia adelante, que luego se sujeta detrás despues de enrollado. La castaña se compone de un simple ocho, para el cual se encrespan fuertemente los cabellos de detrás, ó bien se sustituye esto por un lazo ó por una castaña postiza. En el primer caso se enrolla el cabello cerca de su atadura; si es corto, se hace el ocho en dos partes. En el segundo caso, despues de haber puesto la castaña postiza, se la rodea con los cabellos naturales, bien sea enrollados ó bien *trenzados.*

MODAS DE INVIERNO.

Zapatilla de tapicería.

Este dibujo de seguro obtendrá un gran éxito. Aquí la amable familia de los monos se ejecuta con un solo color sobre fondo que destaque. Se hará, por ejemplo, todo el dibujo de lana ó seda de Argel negra, el fondo encarnado ó azul vivo, de lana ó seda; tambien podrá hacerse el dibujo de un color leonado ó Habana, y el fondo rosa de China, azul ó verde de China.

Paletot de paño Montagnac.

La forma de este paletot, un poco arqueado, es excelente; se hace de paño Montagnac, de superior calidad, gris, negro, violeta ó castaño, con adornos de pasamanería, *color sobre color.*

© Biblioteca Nacional de España

MODAS DE PARIS.

La moda conserva el carácter general que ya le conocemos, y solo buscará la variedad en los pormenores. Los sombreros han rebajado algo su orgullosa ala; los trages conservan su vuelo, sostenido por la crinolina; las mangas se han estrechado mas, y para los vestidos de mañana se cortan absolutamente lo mismo que las mangas de hombre. — En cuanto á los abrigos, nada tengo que decir: los últimos números de este periódico me dispensan de volver á ocuparme de ellos.

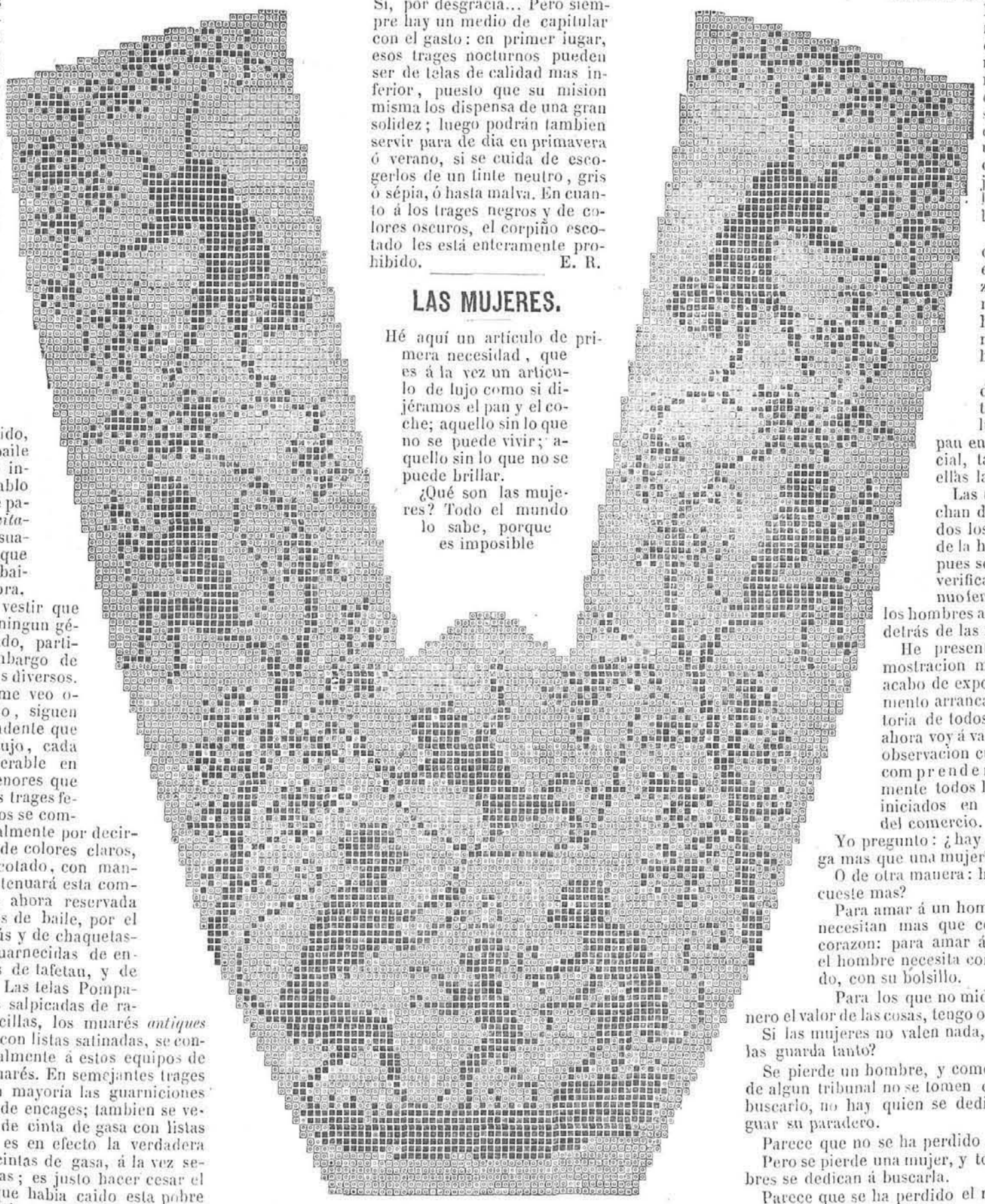
Entre el vestido de calle, admitido en aquellas apacibles reuniones consagradas á las partidas de Whist á las labores de aguja, entre este vestido, repito, y el de baile existe un grado intermedio. — Hablo del conveniente para comidas *invitadas*, y para las suarés de música que no terminan en baile; en una palabra, hablo de aquel vestir que no pertenece á ningun género determinado, participando sin embargo de muchos orígenes diversos. Estos equipos, me veo obligada á decirlo, siguen la marcha ascendente que conduce á un lujo, cada vez mas considerable en todos los pormenores que pertenecen á los trages femeninos. — Estos se compondrán, generalmente por decirlo así, de telas de colores claros, con corpiño escotado, con mangas cortas. Se atenuará esta combinacion, hasta ahora reservada para los vestidos de baile, por el empleo de fichús y de chaquetas-fichús de tul, guarnecidas de encage, de rizados de tafetan, y de lazos de cinta. Las telas Pompadour, con listas salpicadas de ramitos ó de florecillas, los muarés *antiques* pekin, es decir, con listas satinadas, se consagrarán especialmente á estos equipos de comidas y de suarés. En semejantes trages se mostrarán en mayoría las guarniciones de entredoses y de encages; tambien se verán allí rizados de cinta de gasa con listas satinadas. Esta es en efecto la verdadera mision de las cintas de gasa, á la vez sedosas y vaporosas; es justo hacer cesar el abandono en que habia caido esta pobre cinta, y emplearla para aquellas guarniciones que no pueden componerse sin su participacion. Las cintas mas bellas de tafetan ó de raso no pueden remplazar en determinadas circunstancias á esta ligera cinta de gasa.

Como es preciso que lo escocés se deslice y asome su cabeza por todas partes en este momento, tambien se le emplea para los trages de las mencionadas reuniones. He visto há pocos dias un trage de muaré antique gris muy claro, cuyo borde estaba guarnecido por una ancha tira de tafetan escocés, recortado en esquinas cuadradas; la chaqueta-fichú era de tul blanco liso, cubierto de tul negro de dibujos, y guarnecido con lazos de cinta escocesa.

El género escocés conviene sobre todo para los equipos de los niños. Entonces se hace clásico y está al abrigo de las bruscas variaciones de la moda; pero cuando pretende invadir todos los vestidos femeninos, se espone á la súbita y violenta reaccion que es la fiel compañera de todas las infatuaciones.

Estos pormenores acerca de los vestidos de suaré van sin duda alguna á dar lugar á no pocos lamentos. ¡Era tan cómodo, exclamarán algunas de mis lectoras, el tener un trage con dos corpiños, uno montante para de dia y otro escotado para la noche! ¿Y qué, se nos va á privar de semejante recurso?— Si, por desgracia... Pero siempre hay un medio de capitular con el gasto: en primer lugar, esos trages nocturnos pueden ser de telas de calidad mas inferior, puesto que su mision misma los dispensa de una gran solidez; luego podrán tambien servir para de dia en primavera ó verano, si se cuida de escogerlos de un tinte neutro, gris ó sépia, ó hasta malva. En cuanto á los trages negros y de colores oscuros, el corpiño escotado les está enteramente prohibido.

E. R.



ZAPATILLA DE TAPICERIA.

LAS MUJERES.

Hé aquí un artículo de primera necesidad, que es á la vez un artículo de lujo como si dijéramos el pan y el coche; aquello sin lo que no se puede vivir; aquello sin lo que no se puede brillar.

¿Qué son las mujeres? Todo el mundo lo sabe, porque es imposible ignorarlo. Las mujeres son la *cara mitad* del género humano.

¡Qué bien dicho está esto!

Cara: hé aquí el artículo de lujo. Mitad: esa es la parte indispensable del artículo de primera necesidad.

Todo esto puede encerrarse muy bien en la exactitud incontestable del siguiente absurdo:

La mujer es un bello adorno que es absolutamente indispensable para la vida de la humanidad.

Por grande que sea nuestro orgullo, por indomable que sea nuestra soberbia, no saldremos nunca de esta humillante definic on:

Cada hombre no es mas que la mitad de una mujer.

Ellas á lo menos pueden decir con cierta satisfaccion: cada una de nosotras somos la mitad de un hombre.

Llevando los términos de este problema á una solucion matemática, venimos á parar á un resultado incontestable.

No hay manera de eludir la ingénua exactitud de la aritmética.

Si cada hombre es la mitad de una mujer, diez hombres reunidos no pueden arrojar mas que la suma total de cinco mujeres: si cada mujer es la mitad de un hombre, diez mujeres juntas equivalen á cinco hombres.

Ó la ciencia de los números es una vergonzosa supercheria, ó lo que he dicho no tiene vuelta de hoja.

Consideradas bajo el punto de vista del lugar que ocupan en el órden social, tambien es de ellas la ventaja.

Las mujeres marchan delante en todos los movimientos de la humanidad, pues solo así puede verificarse el contínuo fenómeno de que los hombres anden siempre detrás de las mujeres.

He presentado una demostracion matemática, y acabo de exponer un argumento arrancado de la historia de todos los tiempos: ahora voy á valerme de una observacion cuya fuerza comprenderán perfectamente todos los que estén iniciados en los secretos del comercio.

Yo pregunto: ¿hay algo que valga mas que una mujer?

O de otra manera: hay algo que cueste mas?

Para amar á un hombre, ellas no necesitan mas que contar con su corazon: para amar á una mujer, el hombre necesita contar, ante todo, con su bolsillo.

Para los que no miden por el dinero el valor de las cosas, tengo otra pregunta.

Si las mujeres no valen nada, ¿porqué se las guarda tanto?

Se pierde un hombre, y como los agentes de algun tribunal no se tomen el trabajo de buscarlo, no hay quien se dedique á averiguar su paradero.

Parece que no se ha perdido gran cosa.

Pero se pierde una mujer, y todos los hombres se dedican á buscarla.

Parece que se ha perdido el mundo.

«Fragilidad, tú tienes nombre de mujer.»

Esto ha dicho un grande hombre, sin caer en la cuenta de que la mujer no puede ser frágil por sí sola.

El gran poeta inglés nos ha sorprendido con un pensamiento que se halla formulado en todas las lenguas desde que hay vasos de cristal, platos de porcelana y tazas de China.

Todas las cocineras del mundo se habian anticipado al grande hombre.

Será difícil encontrar una que antes no hubiera dicho alguna vez por lo menos:

«Señora, se han roto seis vasos, cinco platos y dos tazas,» en lugar de decir: «Señora, los he roto.»

El hombre fuerte, inteligente y sabio, puede caer diez veces al dia; pero la mujer débil, ignorante y tímida, no puede tropezar ni una vez en su vida.

Es decir: la piedra no es dura, porque hay una

© Biblioteca Nacional de España

gota de agua tenaz y continua que al cabo la rompe.

El hombre no puede resistir á una mirada cariñosa ni á una sonrisa afable, ni á una palabra tierna; pero la mujer es preciso que resista á las miradas, á las sonrisas, á las palabras, á las súplicas, y á las amenazas. ¿Se quiere saber lo que seria un hombre convertido en mujer? Pues véase lo que son aquellos á quienes el poder, el talento ó la riqueza, ha rodeado de continuas adulaciones.

Las hemos de envolver en el humo de nuestras lisonjas y no han de tener vanidad.

Hemos de abrirles los ojos y no han de ver.

No las queremos mas que hermosas, y han de querer ellas ser honestas.

Las empujamos, y no han de caer.

¡Pobres mujeres! Las hemos prohibido todos nuestros defectos, y además los suyos.

Otro grande hombre ha dicho, que la mujer es el bello defecto de la naturaleza.

Su belleza consistirá sin duda en ser mujeres, y su defecto en no ser hombres.

Mas bien debe entenderse de esta manera:

Su belleza consiste en no ser hombres, y su defecto en ser mujeres.

Acaso entre el hombre y los ángeles habia demasiada distancia, y Dios puso á la mujer.

Observen de qué mujeres es de quien el hombre se queja. Véase cuáles son para él las inconstantes, las frágiles, las ingratas, las crueles.

El amante se queja de su querida; el marido de su esposa; el libertino de las que pierde; el indiferente de todas aquellas en que puede fijar sus ojos y comprometer su corazon.

Es decir, que el hombre se queja de la mujer que ha elegido, ó de aquellas entre las que se halla la que él puede elegir.

Parece que en ese número entra toda la bella mitad del género humano.

Pero medítese bien.

Ningun hombre ha elegido á su madre: todas las madres son buenas; yo no conozco á ninguna madre que no sea mujer, y apenas hay alguna mujer que no llegue á ser madre.

¿Qué finje el hombre para conquistar el cariño de una mujer?

Amor.

¿Qué finje la mujer para esclavizar al hombre?

Belleza.

El hombre tiene que valerse de un sentimiento; á la mujer le basta un poco de arte.

La mujer dice siempre: «me ama.»

El hombre no dice mas que; «me gusta.»

Es noble, dicen ellas, es generoso, es valiente, ¡qué talento! ¡qué buen corazon!

Nosotros decimos: «es blanca, es curiosa: ¡qué pié! ¡qué ojos! ¡qué garganta!»

Para atraer á las mujeres hácia nosotros, para obtener su confianza, finjimos virtudes; ellas por el contrario; se valen de las apariencias de algunos vicios.

Por regla general; el hombre esclaviza á la mujer convenciéndola de la profundidad de su cariño, de la inmensidad de su ternura; en una palabra, haciéndola creer que la ama.

Por regla general, la mujer ejerce sobre el hombre el imperio de su caprichosa voluntad, haciéndole creer que puede amar á otro.

Si fuera posible penetrar en lo mas recóndito del corazon de un hombre enamorado, encontraríamos á menudo á la vanidad oculta detrás de la pasion.

Si fuera posible descubrir el fondo del corazon de la mujer mas frívola, veríamos el amor oculto detrás de sus aparentes lijerezas.

El hombre disimula sus defectos morales, y la mujer sus imperfecciones físicas.

Ellos seducen por la pasion; ellas por la coquetería.

Imaginemos dos amantes que tratan de dominarse mútuamente; que pretenden, por decirlo así echar el resto de sus recíprocas seducciones.

Él fatiga su imaginacion buscando el medio mas eficaz, y hace el inventario de los recursos posibles.

Riquezas.—Con esto puede despertar su avaricia, pero no su cariño.

Poder.—Con esto se inflamará en su corazon el fuego del orgullo, y se apagará la luz de su ternura.

Gloria.—Esto le servirá para admirar, pero no para querer.

Ni riquezas ni poder ni gloria: hay que buscar otro camino.

La imaginacion se desespera, batalla con las sombras del entendimiento, hierve entre las dificultades que se oponen á su deseo, hasta que al fin salta un rayo de luz.

No es una idea, es un sentimiento lo que lo ilumina.

Necesita una desgracia que consolar, un sacrificio que hacer, un infortunio que combatir.

Por ejemplo: hay una casa donde se alberga una familia pobre; esta familia se compone de tres niños, que uno no ha salido todavía de la cuna, otro aun no puede andar sin el auxilio de las manos, y el tercero no se atreve á correr sin peligro de caerse: completa este cuadro lo único que puede completarlo: una madre.

De repente la casa es presa de un incendio: entre el humo que sale por las junturas de las puertas, se escapan los gritos de la madre desesperada y de los niños afligidos.

Nadie se atreve á penetrar en aquel edificio que respira humo por todas partes y que cruje devorado por el incendio.

Un hombre se presenta; aparta á la multitud que le estorba el paso, empuja vigorosamente con entrambas manos la puerta, que cede, y desaparece detrás de un torbellino de llamas.

Poco despues se abre un balcon, y el hombre aparece en él con un niño en los brazos, y aquel niño se salva: luego aparece con otro y se salva tambien; luego aparece con el tercero, y luego con la madre.

A este recurso no hay corazon de mujer que se resista: él ha triunfado.—Ella busca á su vez el medio mas seguro de encadenarlo á su cariño, y echa sus cuentas de este modo.

Inocencia: se fastidiará.

Recato: no le agradaré.

Amor: si él averigua lo que le quiero, ¿no me olvidará?

Ni inocencia, ni recato, ni amor: hay que buscar otro camino.

Esta vez el rayo de luz viene de fuera y hiere sus ojos despues de haberse reflejado en la superficie de un espejo; levanta la cabeza, se mira y se sonríe.

Trenza sus cabellos con gracia, ajusta su talle, descubre de su garganta lo necesario para que el deseo adivine lo demás: la mano busca un fondo oscuro para que se destaquen bien sus bellos contornos y su límpia blancura; el pié se adelanta sobre la alfombra pequeño y atrevido.

Ante estos recursos no hay hombre que se resista: ella tambien triunfa.

Llega el momento en que se ven; él aparece con el cabello chamuscado; sus manos están marcadas por el incendio, y su rostro señalado por el humo: lo siguen las bendiciones de la multitud enternecida y la gratitud inmensa y eterna de una madre.

Ella resplandece con todos sus encantos.

Se miran, se completan y se adivinan.

Ella dice: ¡qué bueno es! y él exclama: ¡qué hermosa está!

¿Cuál de los dos es mejor?

¡Mujeres! solo llegais á ser malas despues de haber tratado mucho á los hombres.

Para que llegueis á ser despreciables es preciso que empeceis por ser la admiracion, el encanto y la felicidad de los mismos que os desprecian.

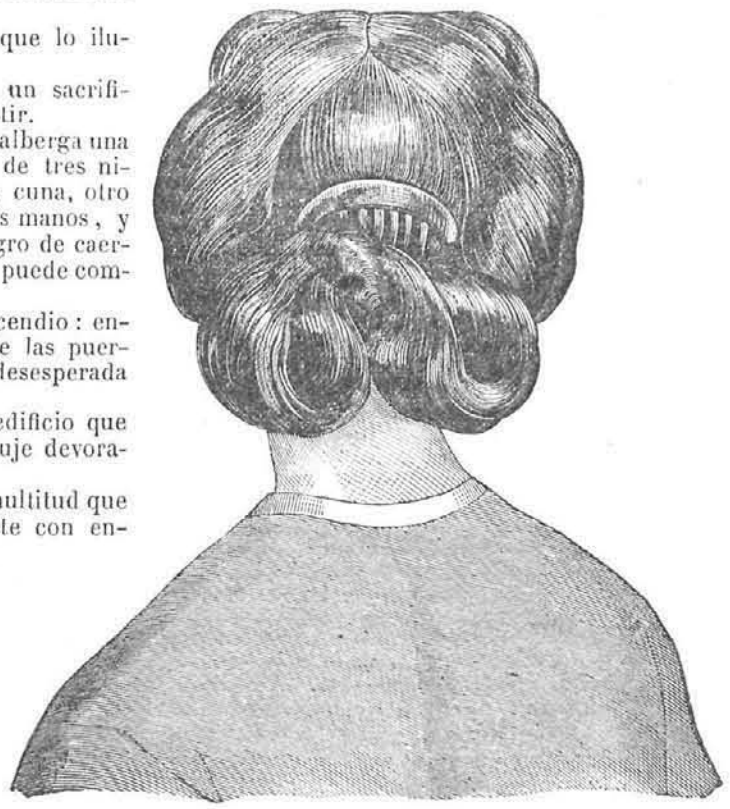
¿Cuántas veces la mano del hombre salva á la mujer de la perdicion y de la ignominia?

Y ¡cuántas veces no nos devuelven ellas la virtud, la esperanza y la felicidad!

Lo digo con franqueza: yo desearia ser mujer, si no perdiera al serlo, el dulce privilegio de admirarlas y quererlas.

José SELGAS.

PEINADO DE TRES BANDÓS, VISTO POR DELANTE.



PEINADO DE TRES BANDÓS, VISTO POR DETRÁS.

UNA NOCHE TERRIBLE.

—Dick, estoy rendido de cansancio.

—Y yo tambien... ¿Se puede haber visto jamás un diablo de bosque como este?

—Y no solo estoy cansado, sino hambriento. Si por ventura encontrásemos un cuarto de venado y una botella de buen vino en...

—¡Cárlos, alto ahí! ¿Cómo puedes presentar á mi imaginacion semejantes perspectivas? Me muero de hambre, y aun me excitas el apetito... Mira, no te ponga en el asador... Eres jóven, y Berta dice que eres tierno...

—Sí, de carácter. Demasiado lo demuestro con mi amor... A veces me extraña que tú, que tanto quieres á mi hermana, no tengas celos de mí.

—En un principio los tuve, amigo mio... y de firme; pero luego me eché la cuenta de que Berta acabaria por casarse un dia ú otro, y que lo mejor que podia hacer era elegir á mi antiguo compañero de colegio, mi amigo Cárlos Costarre; ya ves que habia un poco de egoismo en mi resignacion.

—Dick, hemos estado juntos en la escuela, luego en el colegio, y pensaba yo que nada podia estrechar mas los lazos que nos unian: pero me engañaba. Desde que me he comprometido con tu hermana, me figuro que somos cincuenta veces mas amigos que antes.

Tales eran las conversaciones con que Dick Linton y yo tratábamos de abreviar el camino en tanto que atravesábamos una de las selvas del Norte de los Estados Unidos.

Dick era artista y yo cazador.

Por esto, cuando en un hermoso dia de otoño me propuso ir á pasar una semana en los bosques para estudiar la naturaleza, acepté con júbilo, pues me pareció una excelente ocasion de ejercitarme las piernas y la mano.

Dick tenia un amigo que vivia en las orillas del lago de Eckford, y resolvimos hacer de su casa nuestro cuartel general.

Mi amigo, que se lisonjeaba perfectamente de conocer la selva, debia ser el guia, y de esta manera, con la escopeta al hombro, nos pusimos en marcha, confiando en que antes de cerrar la noche podríamos llegar al primero de los lagos de Eckford.

La selva era tan frondosa que apenas distinguíamos nada á pocos pasos delante de nosotros. Las

© Biblioteca Nacional de España

ramas de los abetos, que se entrelazaban sobre nuestras cabezas, nos ocultaban la luz del dia, en tanto que los agudos pedernales escondidos entre las yerbas nos desgarraban los pies.

Cuanto mas se acercaba el fin del dia, mas perdiamos la esperanza de llegar á nuestro destino, y por la inquieta mirada de Dick podia juzgar yo que á pesar de su supuesto conocimiento de la selva, se habia perdido.

Unicamente cuando la noche cerró del todo, y entrambos nos hallábamos extenuados de cansancio y de hambre, logré hacerle convenir en ello.

Por broma le reconvine acerca del asunto, y Dick me respondió:

—De nada te sirve pregonar así nuestros percances á los cuatro vientos; no lograrás otra cosa sino atraer á las panteras y á los osos. Es preciso hacer de tripas corazon y dormir sobre un árbol.

—Por mas que digas, yo no soy una ardilla, y no sé dormir sentado.

—Aprenderás, pues de no hacerlo así serás devorado por los osos.

—No, estoy decidido á caminar toda la noche. Mas si no me engaño, yo distingo á lo lejos una luz.

—Es cierto, alabado sea Dios; debe ser la cabaña de un solitario.

La luz que de repente habia llamado la atencion de Dick era muy débil y parecia encontrarse como á media milla de distancia; pero el marino á punto de naufragar tiene la vista muy penetrante para distinguir una estrella de salvacion. Nos dirigimos inmediatamente hácia aquel faro, y habria dicho que habia desaparecido nuestro cansancio, pues marchábamos como si nuestros músculos hubiesen sido de hierro.

Al cabo de un buen rato llegamos á una vasta plazoleta, y en uno de sus extremos descubrimos los contornos mal dibujados de una cabaña, cuya única ventana dejaba escapar un débil rayo de luz.

Corrimos á llamar á la puerta; nos abrieron inmediatamente, y un hombre apareció en el umbral. Le expusimos nuestra situacion, y nos invitó á entrar en la vivienda. Nuestro individuo nos ofreció todo cuanto poseia en punto á víveres: tortas de raices preparadas al modo indio, y un pedazo de carne de danta secada al fuego. Para nuestro hambriento estómago la carne era un bocado exquisito.

La cabaña en donde habiamos sido introducidos sin ceremonia tenia un miserable aspecto. Componíase de una sola pieza en la cual habia un fogon de ladrillos toscamente construido. Algunas pieles de danta y una vieja manta de lana estaban extendidas en el suelo en un rincon para servir de cama, y en cuanto á asientos; no habia mas que dos troncos de pino cerca del fogon. No se veia allí ninguna mesa. Una larga escopeta colgada de la pared completaba el mueblage de la choza.

Si la habitacion excitaba la curiosidad, mucho mas aun la despertaba su amo. En mi vida he visto un hombre de peor traza. De una estatura de mas de seis pies, con anchos hombros y unas manos enormes, debia ser un compuesto extraordinario de fuerza y de destreza. Ten'a la cabeza estrecha y larga: sus cabellos rudos y en desórden caian sobre su frente deprimida, como si hubiesen estado untados de jabon. Sus ojos negros miraban entrambos hácia su nariz, lo que le daba la taimada expresion de un salvage. Examinando atentamente sus facciones, en las cuales creí reconocer todas las malas pasiones, confieso que me sentí sobrecogido de cierto sentimiento de terror, de que ya no pude desprenderme.

En tanto que nos traia la comida anunciada, le dirigimos algunas preguntas para hacerle hablar, pero se mostró muy silencioso y reservado. Nos dijo que vivia completamente solo, y que habia levantado su choza con sus propias manos, y añadió que se llamaba Joel. Diciéndole nosotros que se nos figuraba debia tener otro hombre, frunció el ceño en tanto que sus ojos lanzaban chispas.

Mis sospechas contra aquel hombre se aumentaron á la vista de unos zapatos que se hallaban en un rincon. Estos zapatos eran tres veces mas pequeños que los que llevaba aquel individuo, y sin embargo habia asegurado que vivia solo.

¿A quién pertenecen pues aquellos zapatos?

Mis recelos crecian de punto cuando vi á Joel que tomaba nuestras dos escopetas y las colgaba de un clavo tan alto que ni Dick ni yo habríamos podido descolgarlas sin subirnos á una silla.

No obstante, en mi interior me sonreia al tocar con la mano el frio cañon de mi revolver que llevaba en mi cinto de cuero.

—Si el tunante tiene malas intenciones, se va á llevar un chasco muy pesado, pensaba yo.

Por esto no hice objecion alguna al ver que colgaba nuestras escopetas. Dick tenia tambien su revolver, y era hombre que sabia emplearle cuando llegaba la ocasion.

Por fin mis sospechas crecieron tanto que dí parte de ellas á Dick.

Nada mas sencillo para aquel salvage (yo estaba seguro de que tenia sangre india en las venas) que degollarnos con la ayuda de algunos acólitos.

Linton se echó á reir, pero despues se puso serio y convino en el asunto. Resolvimos que en tanto que el uno dormia velaria el otro, relevándonos en este cuidado toda la noche.

Joel nos habia cedido una cama de pieles de danta y sus abrigos, diciéndonos que él dormiria muy bien junto á la lumbre.

Como Dick y yo estábamos muy cansados aspirábamos al reposo.

Despues de hacer una sólida comida, regada con una buena copa de aguardiente, yo, como era el mas jóven, me acosté el primero.

Mis ojos se cerraron poco á poco, y ya no veia, sino como en una niebla, á Dick que velaba junto á la lumbre y el corpanchon del gigante tendido en el suelo.

Me pareció que apenas hacia cinco minutos que dormia, cuando Dick me despertó, diciéndome que mi hora habia pasado, y despues de haberme sacado de mi nido, se acostó él sin mas explicaciones y no tardó mucho en dar ronquidos.

Yo me restregué los ojos, busqué con la mano mi revolver, y me senté en el tronco de árbol para comenzar mi guardia.

El coloso parecia estar sumergido en el sueño mas profundo, y su cuerpo me parecia verdaderamente gigantesco en la oscuridad.

PALETOT DE PAÑO MONTAGNAC.

© Biblioteca Nacional de España

Conocia yo en aquel momento que en caso de lucha no le seria difícil vencernos á los dos. Para distraer mi sueño me entregué á mi ocupacion favorita de dibujar figuras en las cenizas. Toda clase de imágenes salian de mis dedos, y ante todo, los rasgos de mi amada prometida, Berta Linton.

Berta me sonreia como diciéndome:

—Mientras tú velas en las soledades de los bosques, yo pienso en ti y ruego á Dios por tu salvacion.

Un ligero movimiento que hizo el gigante me arrancó de mis ilusiones. Se volvió, se levantó lentamente sobre sus codos y me miró con detenimiento. Yo no me moví, permaneciendo con el cuerpo inclinado y los ojos medio cerrados. Sin duda alguna pensó que dormia, pues al cabo de algunos instantes se levantó sin hacer ruido y se deslizó andando de puntillas fuera de la cabaña.

Yo escuché en tanto que mi corazon latia fuertemente. Al través de las hendiduras de la pared me pareció oir que hablaban en voz baja. Habria dado no sé qué por poder acercarme por oir mejor; pero temia turbar la seguridad de nuestro hombre, que sin duda no meditaba nada bueno acerca de nosotros.

De repente cesaron los cuchicheos.

El gigante entró furtivamente como habia salido y despues de haberme mirado con atencion, se volvió á tender de nuevo haciendo como que dormia.

Un instante despues finji yo que me despertaba, bostecé, miré mi reló, y como viera que hacia rato habia pasado mi hora, fuí á despertar á Dick, y al sacudirle para que se levantara, le dije estas palabras al oido:

—No pierdas de vista á ese hombre que tiene gente fuera. ¡Atencion!

Dick me contestó con una mirada de inteligencia y se llevó la mano á su revolver como para decir:

—Tengo aquí lo que basta para desbaratar todos sus planes.

Y luego se sentó en el tronco de árbol, de modo que observaba á la vez el gigante y la puerta.

A pesar de mi cansancio, ahora me fué imposible dormirme. Pareciame que tenia un peso enorme sobre el pecho, y cada cinco minutos me incorporaba en la cama para ver si Dick estaba alerta: mis nervios estaban sumamente excitados y mi corazon latia fuertemente.

Cuanto mas reflexionaba en el aire de nuestro hombre, tanto mas adquiria la certeza de que meditaba un asesinato.

Embargado con esta idea, tomé mi revolver y le guardé en la mano, dispuesto á disparar sobre el gigante al menor movimiento sospechoso que le viera hacer.

Un velo pareció extenderse sobre mis ojos. Cansado de velar y postrado de fatiga como me encontraba, caí en esa especie de somnolencia, estado intermedio entre el sueño y la vigilia.

Un ligero chasquido me sacó de este letargo. Abrí los ojos, y el espectáculo que entonces descubrí me dejó frio.

El gigante habia encendido una especie de planta seca que esparcia un olor fuerte y que embriagaba; y tenia esta planta junto bajo las narices de Dick, á quien ví, con el mayor estupor, sumergido en un profundo sueño.

El humo de esta planta misteriosa parecia quitarle enteramente el uso de sus sentidos, pues se cayó del tronco al suelo, y se quedó tendido sin moverse.

El gigante se deslizó entonces hácia la puerta y la abrió callandito. Tres horribles caras se asomaron al interior, y yo ví los largos cañones de sus escopetas y las manos curtidas de aquellos hombres. El coloso designó con su mano larga y huesosa el sitio en que yo me hallaba, y sacó de su pecho una cuchilla... En seguida se adelantó hácia mí... Habia llegado el momento: mi sangre se helaba en mis venas, y mi corazon habia cesado de latir. El gigante se hallaba á dos pasos de mi lecho y alzaba su cuchilla... un segundo mas y la hundia en mi seno...

Con la mano fria como el mármol levanté mi revolver, apunté é hice fuego.

Sucedió á la explosion un gemido sordo; yo me incorporé en la cama y ví una masa sombría caer á mis piés.

—Gran Dios! ¿qué habeis hecho? exclamó el gigante precipitándose hácia mí; ¡le habeis muerto cuando iba á despertaros!

Mis sentidos, entorpecidos hasta entonces por el sueño, recobraron toda su energía, y la terrible verdad se mostró de repente á mi espíritu. ¡Habia muerto á Dick Linton mientras era juguete de una pesadilla!

Despues todo pareció embrollarse á mis ojos, y de nada mas me acuerdo.

Creo que procedieron á una informacion. Los abogados hablaron mucho y tambien los facultativos; pero yo asistí á los debates como si se hubiese tratado de otra persona que no fuera yo; ni veia ni oia; una horrible vision flotaba sin cesar delante de mis ojos... y una masa negra estaba siempre delante de mi caida en el suelo.

Tambien se me aparecia una figura melancólica... figura que no volví á ver desde aquella terrible catástrofe... ¡la figura de Berta Linton, mi prometida esposa!... H. DE S.

PALETOT DE PAÑO.

EL PAJE DEL REY.

(Continuacion.)

Contados estaban los dias de nuestro héroe Luis de Bonechose.

Hallándose en Nantes á principios de 1832, el dia de la fiesta de la ciudad, entre los conjurados, estaba mas triste que ningun otro, con la vista baja, silencioso, sin mirar á nadie y extraviado en sus pensamientos. Sus amigos extrañándose de verle así, le preguntaban la causa de su tristeza, y saben que acaba de recibir una órden para que se establezca en los alrededores de un pueblo de la Vandée llamado de Montaigu, á ocho leguas de Nantes.

¡Cuántas veces habia ido contento al mismo punto! Pero ahora, por uno de esos misteriosos presentimientos que Dios inspira á las grandes almas para mejor prepararlas al sacrificio, comprendió que jamás les volveria á ver, y abrazándoles por última vez, les dió un triste y prolongado adios exclamando:

— ¡Dios no permite que pelee á vuestro lado!

Quisieron detenerle, diciéndole que esperase algunos dias.

— No, les contestó, mi deber me lo ordena. ¡Adios!

Y se marchó para siempre.

No se equivocaba; algunos dias, ó mas bien, algunas horas despues, este desconocido héroe moria en un oscuro rincon de la Vandé, de la misma manera que un criminal cualquiera.

No le faltó ninguna de las amarguras á la hora de morir.

Dios que le abrevió los dias de su juventud y le cubrió de humillaciones habrá tenido compasion de él.

Menos dichoso que otros que á lo menos sucumbieron por la misma causa en un dia memorable, ni reclinó su cabeza sobre las rodillas de una heróica princesa, ni en la sangre que brotaba de sus heridas se mancharon las manos reales al contenerla, ni tampoco sobre su moribunda frente cayeron las lágrimas de la hija de Luis XVI. ¡Sublime recompensa para un soldado al recibir de una reina que ninguna otra cosa podia dar sino lágrimas:

Segun la órden que habia recibido se encaminó á Montaigu, punto que le habian señalado en el plan de campaña.

© Biblioteca Nacional de España

V.

Una vez allí, volvió á verse perseguido de nuevo y errante de pueblo en pueblo, sin dormir de noche, y ocultándose las mas de las veces en las granjerías ó chozas de los pastores.

Desde el primer paso que dió en este desgraciado suelo, trató de captarse el afecto de sus habitantes frios y reservados. Para conquistarse su confianza, no temió entregarse completamente á ellos.

Deseó ser amado y lo consiguió.

Su nombre humilde, olvidado por el mundo, olvidado quizá por alguno de sus mayores amigos, no ha sido quizá en el fondo de algunas pobres chozas de la Vandé, que aun recuerdan con lágrimas al amable Cárlos. Bajo este nombre le conocian los paisanos. Quizá en sus ensueños de gloria esperaba que algun dia se dijera M. Charles como se decia M. Henri (1).

Desde el fondo de estas agrestes moradas, bajo la salvaguardia de la honradez vandeana, este desgraciado jóven perseguido por tan cruel presentimiento, escribió á sus parientes esta última carta en la que el grito del honor domina, mas no ahoga el grito de la familia.

«Estoy profundamente afectado del tierno amor que me profesais. Vuestras cartas me han desgarrado el corazon. ¿Ah! debeis ser muy dichosos en el seno de la familia. Los dias deben correr apaciblemente sobre vosotros. Olvidad á vuestro hermano á quien debia creer indigno de vuestra ternura... ¡Ah! comprendo que me condenareis. No sabeis que hay en mi corazon una voz que continuamente me grita:—Allí están tu madre, tus hermanos; marcha, corre á sus brazos.—A nadie rindo obediencia, soy libre; pero mi deber está aquí y aquí debo permanecer, así lo reclama mi honor.

»Algun dia llegará en que lo podais comprender mejor. Entre tanto, perdonad á vuestro hermano. Si abandonase el puesto que me han encomendado, seria un cobarde el que estrecharíais en vuestros brazos. Vuestras cartas me hacen sufrir horriblemente; me producen tal tristeza que quebranta todo mi valor. Por un lado tus súplicas, las lágrimas de una madre y de una hermana; por otro el deber. ¡Quiera el cielo que amanezcan para nosotros mejores dias! Solo tengo afligido el corazon por los disgustos que os hago sufrir; pero por favor no os inquieteis. Por ahora no hago otra cosa sino correr de aldea en aldea, teniendo una hospitalidad verdaderamente escocesa. Cuando me persiguen demasiado, los montes son mi refugio; cuando estoy á cubierto de todo peligro, saco del pecho vuestras cartas para leerlas una vez y otra. ¡Oh! ¡qué dolor me causan todos los dias recordándome vuestros dolores! Te suplico á ti y á mi hermana que no olvides á mi pobre madre, y espero que jamás la abandonareis. ¡Mas ay! oigo de vuestros mismos labios que censurais mi abandono... ¡Deteneos por Dios! suspended vuestros juicios, porque vuestros sufrimientos producen los mios, y sin ellos me consideraria dichoso.

»Algunas veces me divierto jugando con los niños de estos campos. Entonces me vuelvo á llamar Gaston, y me hacen exclamar: Queridos niños, quisiera teneros siempre á mi lado, quisiera mezclar vuestros juegos con los mios, quisiera volverme como vosotros.

»Adios, adios, queridos hermanos, leed con atencion esta carta, y vereis que no puedo acceder á vuestros deseos. Mi deber está aquí, y por lo tanto aquí debo permanecer. ¡Adios!...»

VI.

Estando el 18 de enero con unos amigos en un castillo próximo á las Chavagnes de Paillers, serian las nueve de la noche, cuando Luis se levantó, cojió sus armas y se envolvió en su capote disponiéndose á salir.

Por un instinto secreto los que con él estaban se empeñaron en que se quedara hasta otro dia; pero lo rehusó, diciendo que le esperaban á dos leguas de allí en una granja llamada la Goyere, donde muchas veces le habian dado hospitalidad, y no queria hacer esperar á tan buenas gentes.

Nunca iba solo en esta vida errante y llena de peligros; se habia confiado á un jóven del pais, ágil, valiente, adicto á la causa que defendia, conocedor del terreno, quien le servia de guia. Este le sobrevivió y jamás pudo recordar sin conmoverse un solo detalle de aquella noche.

Caminaron largo tiempo, ya por llanos, ya por estrechos senderos.

Era una noche fria de invierno, pero clara. Muchas veces se detuvieron nuestros viajeros con las carabinas preparadas, escuchando el ruido que en la helada tierra producian sus pasos.

Todo era calma y soledad. Solo á lo lejos oian los tristes aullidos de los perros de los caseríos, que en tiempo de revolucion no cesan de ladrar desde que anochece hasta que vuelve á ser de dia.

Por fin llegaron á orillas del Maine, pequeño torrente que caminando por un lecho de piedra despues de formar numerosas cascadas, de dar infinitos rodeos, baña las murallas de la Goyere para ir á confundirse con el Sebre. Le atravesaron, y por un sendero abierto á pico comenzaron á subir una escarpada pendiente que domina el terreno.

Cuando llegaron á la cúspide era media noche. La luna dejaba ver su plateado disco y desde allí distinguian á la Goyere.

Érase esta una granja situada en el centro de un castillo feudal medio arruinado. Un espacioso parque cuya puerta derribada en 1793 no se habia vuelto á levantar, servia de entrada á la casa, cerrándola un hermoso jardin igualmente cercado de viejas y ruinosas murallas, cubiertas de yedra y musgo.

Esta agreste vivienda edificada en medio de antiquísimos torreones rodeados de peñascos donde apenas crece alguno que otro arbusto, batida por el viento y el torronte que se despeña á sus piés, le dan un carácter imponente. Habitaba esta lúgubre y poética mansion un arrendatario con su esposa y seis hijos, llamado La-Goreau.

En la Vandé, cada hogar por humilde que sea tiene su tradicional historia, y toda la familia permanece fiel á ella.

La-Goreau y su familia pertenecian á dos de esas familias á quien la revolucion habia devorado padres, madres, abuelos, hermanos: todos habian desaparecido bajo el torrente de la revolucion. Allí no existian el odio ni el deseo de la venganza que suele quedar en los últimos retoños de estas infortunadas familias, porque poseian un corazon puro, grande, generoso, donde jamás habitan estos terribles huéspedes.

Solo los que saben que las afecciones se aumentan con las lágrimas que se derraman, comprenderán en toda su latitud la inquebrantable adhesion de Goreau y su esposa hácia la causa por quien tantos vejámenes habian sufrido. De este bastará decir que tras de una vida irreprensible, murió por salvar á su huésped. Pero al hablar de su viuda, me siento viudo. Ahora que ya no existe puedo libremente rendirle homenajes que la hubieran ruborizado si los hubiera oido.

Cuando la vi el último año, era una pobre anciana, de salud quebrantada por el sufrimiento, el cuerpo encorvado por los años, pero con la cabeza erguida y altiva la mirada. En aquel pálido y descarnado rostro, de boca hendida y salientes pómulos, se dejaba ver la vida de una vandeana, donde se encerraba una gran alma, desconocida aun para ella.

Habitaba la misma casa, y despues de veinte y seis años en nada habia cambiado. Voy á referir lo que ella misma me contó en un lenguaje tan grave y sentido como su alma, tan sencillo y elevado como su corazon.

Por todas partes me guió, enseñándome las huellas que las balas habian hecho en las paredes. Nada habia olvidado... ni su adhesion á la causa de que habia sido víctima, ni lo concerniente á la muerte de su esposo.

Cuando tan trágico suceso ensangrentó esta pacífica morada, La-Goreau (por este nombre se la conocia en el pais) acababa de dar á luz un niño, y apenas hacia ocho dias que se habia levantado de la cama. Estaban esperando á Luis. Cuando llegó eran las doce de la noche. El guia marchó á alojarse en una de las dependencias de la casa. Luis se sentó al lado de la chimenea á calentarse, conversando alegremente con sus caritativos huéspedes. Venia, segun les dijo, para instalarse por unos cuantos dias y descansar. Luego se levantó, retirándose á la habitacion que le tenian preparada al lado de la sala.

Casi al mismo tiempo llegó á la granja una partida de soldados, que sabiendo que aquella noche un faccioso debia dormir en la Goyere, habian abandonado á Montaigu y rodearon la posesion.

Hacia algunos instantes que los perros ladraban de una manera extraña, cuando de repente se abrió la puerta dando libre paso á dos gendarmes seguidos de un peloton de infantería. En el fondo de una oscura sala estaba la dueña de la casa sentada junto á la chimenea, cuya lumbre trataba de apagar. No se oia otro ruido que el de los fusiles y el de una voz imperiosa que pedia luz.

—No la tenemos, contestó la mujer; pero los gendarmes que en sus nocturnas expediciones iban provistos de todo, encendieron una linterna y á su vacilante llama empezó el reconocimiento de la casa.

Se dirijieron á la habitacion de Luis. Un cabo llamado Rivail, mas atrevido que los demás, tomando la luz en una mano y el fusil en la otra, franqueó la entrada gritando: «Rendios.»

Por toda contestacion se dejó oir un tiro, se vió caer un hombre y apagarse la luz.

A la detonacion, envuelta la tropa en las tinieblas, hizo una descarga y se precipitó fuera de la casa gritando: «¡A ellos!

Entonces la granjera se lanzó hácia el huésped, y tomándole una mano le guió á otra habitacion donde dormian los niños; allí habia una puerta que comunicaba con el jardin, y saliendo por ella le dijo:

—En el fondo hay un boquete; por allí podeis huir...

En aquel instante se oyó una nueva detonacion. Un granadero que estaba apostado en el jardin hizo fuego á quemaropa sobre el fugitivo. La bata le atravesó el muslo derecho, y rozando en la puerta fué á herirle en la mano á La-Goreau.

No por eso se detuvo el proscripto; pero herido y sin armas, renunció á disputarse el paso para ganar la brecha de la parte mas baja de la cerca. Volviéndose bruscamente á la izquierda, se dirijió hácia las ruinas del antiguo castillo y desapareció.

Volvió á reinar en toda la Goyere el mas profundo silencio, únicamente interrumpido por las voces de «¡alerta!» que daban los soldados.

Estaba el fugitivo escalando las ruinas de una vieja torre, cuando de repente distinguió una ventana que daba al campo. Antes de saltar se vendó la herida con un pañuelo, se arrojó de una altura de doce piés, y haciendo un esfuerzo supremo huyó.

La claridad de una de esas noches de invierno le vendió. Vieron deslizarse una sombra á lo largo de la muralla y cien voces gritaron:

—¡Quién vive! ¡alto! ¡alto!

—Un granadero, contestó sin vacilar nuestro héroe.

Un instante estuvo suspensa su muerte entre las manos de los soldados inciertos y á la vez sorprendidos; pero al fin uno de ellos que á la luz de la luna se aseguró que no era lo que decia, le hizo fuego.

Esta vez cayó para no volverse á levantar. Por el costado derecho le entró una bala saliendo por el izquierdo.

Delante de la puerta de la Goyere, sobre una pequeña cima, extiende sus frondosas ramas un cerezo silvestre. Allí debajo fué donde los soldados, por órden de su jefe, colocaron al herido, acampando en torno suyo hasta la siguiente mañana.

Eran las dos, y Luis no debia ser la última víctima de aquella noche; preguntaron por el guia que le habia acompañado hasta la Goyere, y que estaba durmiendo en una de las dependencias de la granja. Goreau, digno de tal esposa, quiso salvarle mostrándole una puerta por donde escapar

Los soldados guardaban todas las salidas y uno de ellos le gritó que se detuviese. El infortunado no le oyó (pues era sordo). El deber de la hospitalidad le arrastró á dar un paso mas y calló muerto de un balazo en el umbral de su misma casa.

La sangre de esta inocente víctima no aplacó el furor de la soldadesca desenfrenada que no cesaba de llenar de insultos al moribundo Luis. Al principio creyeron haber cojido á un oscuro partidario; pero á pesar de los groseros vestidos que cubrian al herido, pronto le conocieron y redoblaron su furor, diciendo; «es un noble,» y le escupian en la cara.

Bañado en su propia sangre y lleno de ultrajes, con los ojos fijos en la estrellada bóveda, permanecia mudo é indiferente entre sus denostadores: sin creerse vencido ni prisionero.

—Estoy herido de muerte, fué la primera expresion que pronunciaron sus labios al volver en sí, y quedó callado hasta que preguntándole su nombre, trató de acriminarse, salvando de este modo á sus generosos huéspedes.

Ni una sola queja exhalaba su pecho, pero devorado por una fiebre abrasadora, pidió un poco de agua.

La-Goreau que le oyó se la dió, queriendo vendarle las heridas por donde le salia la sangre á borbotones. Los soldados lo estorbaron diciéndole uno de ellos:

—Vé á velar á tu marido.

—Prefiero, contestó aquella heróica mujer, socorrer á un herido, á velar á un muerto.

Así pasaron la noche; toda una noche de enero. A eso de las ocho de la mañana llegaron de Montaigu dos oficiales con dos partidas de tropa. No parecia sino que iban á dar una batida. Procedieron al reconocimiento de toda la posesion, creyendo encontrar ocultos algunos otros. Por fin alumbró aquella terrible escena un dia empezando á nevar.

Delante de la puerta se veia una carretera cargada con un soldado muerto y un vandeano moribundo. Corrian los soldados de un lado á otro, derribando puertas, forzando cobres y saqueándolo todo. No se oia otra cosa que sus imprecaciones mezcladas con los gritos de espanto que daban los niños, y en el fondo de los establos el mugido del ganado que esperaba el pienso de la mañana.

Despues de dos horas de confusion y saqueo, de interrogatorios á la dueña, mayorales y mozos de labranza que declararon que nada habian visto ni oido hasta que sonó la primera descarga, arrestaron como cómplice al hijo mayor de La-Goreau, jóven de diez y ocho años.

Dispuesta la careta, tomó este fúnebre cortejo el camino de Montaigu. Detrás caminaba el prisionero sosteniendo á su desgraciada madre, quien á pesar de su herida y el reciente parto, no queria abandonar á su hijo ni al herido, á quien como á tal queria.

Los soldados abrian y cerraban la marcha, contando los sucesos de la noche.

(*Se continuará.*)

(1) Se sabe que durante largo tiempo los vandeanos no conocian por otro nombre á su generalísimo Enrique de Larochejaquelin.

UN AÑO DE MATRIMONIO.

POR

EMILIA CARLEN.

(Continuacion.)

—¿Qué hay? preguntó la jóven viendo á Teresa que la salia al encuentro.

—Gracias á Dios que estais de vuelta, señora, no sabemos qué hacer; vuestro hermano está como loco, su señora ha tenido un desmayo, ha tardado en volver en sí mas de una hora, y despues la repiten los accidentes sin descanso.

Lavinia soltó el brazo de su marido y corrió al cuarto de Julia á quien halló tendida sobre el sofá, en tanto que Rodolfo, arrodillado á sus piés, regaba su rostro con vinagre, agua de Colonia y aguardiente alcanforado, sin poder contener los sollozos y las crisis nerviosas de la jóven.

—¿Pero ¿qué sucede? preguntó Lavinia con espanto.

—¡Oh! suspiró Julia, mi cabeza arde, mi corazon se hace pedazos, me voy á morir.

—Perdóname, perdóname, Julia adorada, pues yo no puedo perdonarme á mi mismo el haberte puesto en ese estado.

—¡Tú! exclamó Lavinia; ¿y cómo ha sido?

—¿Qué puedo decirte? Hablaba con Julia de alguna puerilidad.

© Biblioteca Nacional de España

—¡Puerilidad! Hombre falso y malvado, dí la verdad, dí que tus rabiosos celos y tu salvaje violencia han causado mi muerte.

—Mi querida Julia, repusò Lavinia con severidad, debo advertirte que hay criados en el cuarto contiguo, y que no seria conveniente que te oyeran hablar de ese modo.

—Te está muy bien hablar asi despues que has hecho de mi buen Rodolfo lo que es ahora, un ser tiránico, celoso y violento, rebajándote siempre delante de tu marido, y haciendo creer á los hombres que las mujeres solo están en el mundo para obedecerles y servirles...

—¡Oh! perdónala, exclamó Rodolfo con inquietud; mi buena Lavinia, está enferma, y no es responsable de lo que dice.

—Sí, sí, repuso Julia sollozando; sé muy bien lo que me digo, y sé tambien que este Rosenborg es un lugar maldito que ya ha costado la vida á otra mujer; todo el mundo lo sabe, y ya verás como yo dejo la mia.

—Silencio, por Dios, interrumpió Lavinia, oigo que sube Hermann.

—¿Y qué me importa? ¿piensas que yo le tengo miedo? No me gusta que me hagan observaciones.

—Es preciso que yo salga un instante, murmuró Lavinia á su hermano.

Y este respondió suspirando.

—Sabe Dios cómo se acabará todo esto.

—Pues es fácil preverlo, repuso Lavinia con una sonrisa irónica; mañana todo se habrá calmado, y ella se mostrará tan *encantadora* como de costumbre.

Y se fué á buscar al coronel.

XXV.

La prediccion de Lavinia se realizó. Al otro dia Julia se presentó á la hora del almuerzo, tan fresca y tan alegre como de costumbre. Se mostró mas obsequiosa que nunca con su marido, le hizo cigarrillos de papel, y paseó dos horas al querubin con un cariño extraordinario. Ni siquiera pareció observar la presencia del conde, y el débil Rodolfo se dejó engañar con esas apariencias, hasta que al fin vino á tomar el papel de arrepentido.

—Eres un ángel y yo soy un monstruo, la dijo aquella noche.

Y Julia convino en ello, y repitió que habia estado expuesta á un ataque de locura; efectivamente, se habia asustado de veras, y no pensaba mas que en hallar modo de vengarse y de hacerle sentir el mismo terror que ella habia experimentado. Lo que hasta entonces habia sido un medio de distraccion y de bromas futuras se convertia ahora en represalias. Rodolfo aprenderia á temblar, pero despues conoceria que le habian dado un chasco solemne.

Dos dias mas Julia desempeñó el papel de la perfecta casada. Pero hé aquí que habia llegado el tercero: la jóven dormia algo mas que de costumbre, y entre tanto Rodolfo en pié, y con la palidez de la desesperacion pintada en su semblante, recorria el cuarto muy agitado. Por fin se acercó á la cama y tocó con los dedos la frente de su mujer, que se despertó y le dijo extendiendo los brazos:

—Buenos dias, Rodolfo.

Rodolfo la miró fijamente sin hacer un movimiento.

—¿Qué tienes? le preguntó con una inquietud admirablemente fingida.

—Nada.

—Ah! ¿Tendremos otra hoy? ¿Estás incomodado todavía? Y sin embargo, Rodolfo si... si supieras lo que me cuesta esta alegría aparente, lo agradecerias.

Y se interrumpió como si hubiese querido sofocar las señales de una tristeza invencible.

—Lo sé, respondió él con amargura.

—¡Lo sabes!...

—Sí, Julia, esta noche te has hecho traicion, has revelado á pesar tuyo lo que yo presentia hace mucho tiempo. Mientras me creias dormido, te he oido llorar y pronunciar un nombre que no repetiré, porque no quiero que te ruborices.

Julia ocultó su rostro con sus manos.

—¡Oh! ¿qué hacer? ¿no hay esperanza? Habla pues, en nombre del cielo.

Julia continuó sin desplegar sus labios mirándole al través de sus dedos, y riéndose de su desesperacion.

Y sin embargo. Julia amaba á Rodolfo con todas las fuerzas de su corazon.

—¡Pero es un sueño, una locura!... Sí, un sueño que se desvanecerá muy pronto, y yo te trataré como una niña mimada, engañada, pero querida y siempre pura. Julia prométeme que te salvarás en mis brazos de todos los peligros, dame esperanza... No puede haberse concluido enteramente el amor que me tenias, ¿no es verdad, Julia?

—Nada es verdad, sino que yo soy muy desgraciada.

Y el desesperado Rodolfo pareció llegar al colmo de la desesperacion.

Al verle así, un sentimiento, no hijo de su indignidad, sino de compasion, se apoderó de Julia, y resolvió terminar la prueba aquel mismo dia, pero queria hacérsela sufrir completamente antes de volverle á las delicias del paraiso.

En el cerebro trastornado de Rodolfo no bullia distintamente mas que un pensamiento, el de sacar á Julia de aquel lugar de tentacion. No podia creer su desgracia sin remedio ; estaba seguro de reconquistar poco á poco su cariño, y en esta esperanza dominó las señales de su desesperacion y trató de calmarse delante de ella.

Sin embargo, se hallaba tan conmovido que no queria bajar al salon, y pretextó para ello una indisposicion pasajera, pero no reclamó la compañía de Julia, que ella por su parte no le ofreció tampoco.

—Seria ridículo que nos estuviéramos aquí los dos, dijo Julia cuando volvió del almuerzo; y nuestra ausencia del salon podria dar lugar á suposiciones que es preciso evitar ante todo. Vengo á tomar mi labor y me vuelvo con ellos.

—Como gustes, respondió Rodolfo, pero piensa que no solo tienes en tus manos todas mis alegrías, sino tambien mi honra, y sean cuales fueren tus sentimientos, acuérdate de quien eres...

Julia se sonrojó. A pesar de su ligereza de carácter, comprendió la gravedad de sus palabras, así como tambien el esfuerzo que habia debido hacer para pronunciarlas con serenidad; pero impelida por un espíritu maléfico, y conociendo que se habia adelantado demasiado para retroceder, se calló. Sin embargo, vaciló algunos instantes; entró en el gabinete contiguo á su cuarto y volvió á salir luego trayendo en la mano un ramillete de flores: dos veces mostró la intencion de salir, y dos veces se arrepintió como presa de una lucha evidente entre dos sentimientos contrarios.

Rodolfo la observaba atentamente. Conocia tan bien á Julia que adivinó inmediatamente que preparaba una accion que ella misma temia; por fin se levantó y la dijo:

—Dame esas flores, Julia.

—No, ¡oh! no; respondió con presteza y ocultando el ramillete en su pañuelo.

—¿Para quién es?

—Para mí.

Y abrió la puerta.

—No saldrás, quiero ver esas flores.

Las tomó, y del centro de ellas sacó un billete que estaba allí escondido.

—¿Y ahora qué dices?

Julia se habria exasperado hasta lo sumo si no hubiese temido echarse á reir en lo mejor de la escena; por esto se contentó con ocultarse el rostro entre sus manos como un culpable, en tanto que Rodolfo abria el billete y leia en él estas pocas palabras:

«Estaré en el pabellon á las siete, no á las seis.

«JULIA.»

El marido ultrajado no desplegó la boca. Como un hombre sumerjido en un estado de magnetismo, se acercó á la mesa, se sentó, escribió algunas líneas, cerró su carta y salió del aposento.

—¡Oh! magnífico, pensó Julia; sin duda provoca á su rival; no puedo menos de reirme al pensar en la cara que pondrá el conde cuando reciba el reto... ¡Oh! ¡qué dia! un drama por la mañana, una tragedia por la tarde, y en fin, por la noche, una comedia del carácter mas jocoso. ¡Pobre Rodolfo! ¡apuesto á que esta vez te curarás de tu mania de vigilarme viendo cuán fiel te soy!... ¿Creo que sé hacer dar vueltas á mi marido!

Rodolfo apareció de nuevo; Julia quiso escaparse, pero él sacó la llave de la cerradura y dijo friamente:

—Por algunas horas tendreis la bondad de contentaros con mi compañía.

XXVI.

—Adriano, dame dos ó tres cigarros, que he concluido con los mios, gritó el coronel parándose bajo las ventanas de su amigo á quien creia en su cuarto.

Y luego volviéndose hácia su señora que se disponia á dar una vuelta con él, añadió:

—¿No os incomoda el humo?

—No por cierto, respondió con una sonrisa; pero se me figura que el conde debe estar ausente ó dormido, pues no contesta.

—Entonces tendré que tomarme el trabajo de robar lo que solicitaba, dijo Hermann volviendo á subir el peristilo.

Permaneció tanto rato en la casa, que Lavinia iba á entrar tambien cuando le vió asomar con un semblante pálido y desencajado.

—Hermann, ¿qué teneis? gritó Lavinia lanzándose hácia su marido; por Dios, ¿qué ha sucedido?

—¡Nada!... respondió vacilando y apoyándose en la balaustrada; no ha sucedido nada, sino que no he encontrado ningun cigarro, añadió sonriendo.

—¡Oh! el conde está malo, seguramente.

—Tranquilizaos, el conde disfruta de una salud perfecta; además, está ausente.

—Pero ¿porqué me decís que nada ha sucedido cuando vuestro semblante protesta contra vuestras palabras? ¿Habeis visto á Rodolfo?

—Os repito que no es nada, un vahido que me ha dado al bajar la escalera...

—Si no os sentis bien, dejemos para mañana nuestro paseo.

—No, no, exclamó con presteza, no quiero aplazarlo.

Y tomó el brazo de su mujer como si quisiera alejarla del Rosenborg.

Lavinia estaba confundida: él andaba en silencio y jadeando.

De repente sacó su reló para mirar la hora; Lavinia hizo maquinalmente el mismo movimiento, y vió que su reló marcaba las seis menos diez minutos.

—¡Qué tarde tan hermosa! exclamó.

—¡Hermosísima! repuso Hermann sin salir de sus preocupaciones. ¿Quereis navegar un poco? Ahí está la barca, venid.

—Y la arrastraba hácia el rio. Lavinia soltó su brazo y se detuvo sonriendo.

—No puedo.

—¿Y porqué?

—Porque he prometido estar en casa á las seis.

—¡Ah! Eso es otra cosa.

—Sí, tengo que arreglar unos asuntos con Teresa, y me esperará.

—Pues que espere; venid.

—De veras, no puedo.

—¡Lavinia!

—¡Hermann!

—Os suplico que no vayais á casa ahora, os lo suplico encarecidamente.

Lavinia repuso con agitacion:

—Pues es preciso que vaya, no me detengais.

Y luego añadió con alegría:

—Mañana nos pasearemos tanto como gusteis, y si quereis, hoy mismo dentro de una hora. ¡Adios!

Y echó á correr riendo.

Hermann permaneció de pié en el mismo sitio en que ella acababa de dejarle, pero su cabeza se trastornó hasta el punto que tuvo que apoyarse en un árbol; no trató de llamarla, en la terrible turbacion que le dominaba solo sentia una cosa, una desesperacion intensa, un dolor agudo que extraviaba su cerebro y que paralizaba sus miembros; sentia sobre todo un amor fogoso, desordenado, por aquella mujer que huia, que huia para siempre, pues hé aquí lo que habia visto en el cuarto del conde. Al tomar sobre la mesa la petaca de Adriano, se habia caido de ella una carta en la cual habia reconocido la letra de Lavinia; prueba dolorosa y convincente de la legitimidad de sus temores, pues contenia estas palabras:

«A las seis estaré en el pabellon; he prometido á Hermann que me pasearia con él, pero yo sabré hallar un instante: hasta entonces cuidado con las imprudencias, pues se trata de la honra de una mujer.

«LAVINIA.»

Recordaremos que Hermann pasó largo rato antes de poder triunfar, del primer choque de aquel descubrimiento, y de ponerse en estado de volver cerca de su esposa; pero ahora que estaba solo, el delirio del primer instante se apoderó nuevamente de él; temblaron sus piernas y cayó al suelo. Aquella violenta naturaleza sucumbia siempre por el dolor, por un dolor infinito que como un mal físico le trastornaba el cerebro. ¡Ella, á quien habia nombrado en el culto de su corazon un ángel de pureza, á quien tan alto habia colocado en el altar de su veneracion, habia caido de repente!

—¡Lavinia! exclamó, ¡porqué no me habeis dado una puñalada mortal antes que sumerjirme para siempre en la desesperacion! ¡Vos, tan orgullosa, tan noble, reducida ahora á mendigar vuestra reputacion del hombre que os ha arrebatado vuestra honra! ¡Con que he sido engañado y vendido! ¡Oh! ¡pobre loco, que en tanto que meditaban su vergüenza marchaba embriagado en sueños de felicidad! ¡Y tú, tú que me habias descubierto esa felicidad, tú me la arrebatas!... Pero no gozareis de vuestra doble traicion; yo romperé entre vuestras manos infames el hilo que habeis tejido; lo haré; aunque debais morir los dos... bien he de morir yo!

Se habia levantado furioso; la hora de la cita se acercaba; echó á correr locamente tropezando en los árboles sin ver mas que una cosa: la imágen de Lavinia; un solo instinto le guiaba, el de la direccion que debia seguir.

Por fin llegó al pabellon, ¡oh! rabia! las cortinas ocultaban el interior; se acercó jadeante hasta la puerta; sofocó su respiracion haciendo un esfuerzo, y se puso á escuchar... oyó voces; ¡sus voces!... Tomó suavemente la llave y la quiso hacer dar una vuelta en la cerradura... habian echado el cerrojo... pero era preciso que entrara y llamó.

—¿Quién está ahí? preguntó la voz de Lavinia.

—Abrid, abrid pronto.

Hubo una pausa, y luego repuso la misma voz:

—Esperad un instante, ya abro.

El coronel dió golpes á la puerta con la furia de un demente.

—Abrid ó hago pedazos esta puerta, y toda la casa verá vuestra deshonra.

La puerta cedió y entró... Delante de él estaba Lavinia pálida y ofendida: detrás... Rodolfo.

El coronel retrocedió estupefacto.

—¿Qué quiere decir todo esto? fueron las primeras palabras que pronunció.

Y como ámbos se callaran, prosiguió volviéndose hácia Lavinia:

—¿Porqué esta entrevista? ¿cuándo os habeis citado con vuestro hermano?

—¿Cuándo? repitió la jóven con altanería, esta mañana, por medio de un billete que le escribí; el porqué lo sabreis muy luego.

—¿No debia yo estar enterado de los motivos?

—El secreto no me pertenecia; pero ya que habeis querido sorprenderlo, ya que hasta habeis querido explicarle de un modo insultante para mí, esta carta me disculpará á vuestros ojos.

Hermann tomó con avidez el billete que ella le presentaba y leyó estas palabras:

«Querida hermana Lavinia: no dejes de encontrarte en el pabellon esta tarde á las seis. Acabo de descubrir una desgracia que me asesina; Julia me hace traicion, Julia ama al conde Adriano, y le ha dado esta tarde una cita secreta. No digas nada á Hermann; temo toda violencia, y yo mismo quiero hablar al conde.—RODOLFO.»

La letra se escapó de manos del coronel... ¡de la desesperacion mas profunda volvia á la esperanza de la felicidad!... aquella brusca transicion triunfó un instante de su vigorosa naturaleza; inclinó su cabeza en sus manos y quizá lloró, pero nadie supo el secreto de aquel desfallecimiento, pues al levantar de nuevo la cabeza su mi-

© Biblioteca Nacional de España

rada se clavó en Rodolfo, á quien compadecia con todas las fuerzas de su corazon, tanto como despreciaba á Julia.

—Ármate contra tí mismo y no contra el conde, le dijo tristemente, pues por mi honor te juro que él no se ha prestado á tal traicion, y que si ha recibido una invitacion criminal no acudirá á ella.

—¿Qué sabeis vos? preguntó Lavinia.

—La razon y el honor hablan cuando el amor se calla, y Adriano no puede amar á Julia; no vendrá.

—Sin embargo, yo la he perdido para siempre; yo he perdido la felicidad entera de mi vida, pues aun cuando ella pudiera olvidar al conde, la vergüenza de un amor adúltero la quedará eternamente. ¡Dios mio! ¡Saber que el porvenir no será como el pasado!

(*Se continuará.*)

REVISTA DE TEATROS.

Siguiendo el exacto órden cronológico, deberemos principiar nuestra revista de hoy por el Balon, donde, segun dijimos en nuestra anterior, se ha estrenado poco ha una comedia, del Sr. D. Rafael Leopoldo Palomino, titulada *Llegué, ví y vencí*. De ella vamos á ocuparnos brevemente, porque no permiten otra cosa ni los límites de nuestro periódico ni la necesidad de hablar de otros asuntos teatrales.

Un D. Blas, caballero muy rico y sin hijos, habia dispuesto al morir disfrutasen su renta cuatro parientes suyos; pero solo hasta tanto que tomase estado su sobrina Aurora, la cual debia ser su heredera única. La administracion de sus bienes, mientras no tenia lugar el expresado enlace, fué encomendada por D. Blas á un notario llamado D. Diego, de cuya probidad estaba completamente seguro.

El asunto parecia lo mas sencillo del mundo, pero existia cierta circunstancia que lo complicaba de un modo extraordinario. Para que Aurora resultase heredera, era indispensable que su matrimonio fuese unánimemente aprobado por su padre D. Pedro, por su tia Doña Engracia y por su hermano D. Cárlos, que así se llamaban los otros tres parientes del finado, y como los tres eran díscolos, mal avenidos y de muy diversas inclinaciones, se hacia punto menos que imposible el que consiguieran ponerse jamás de acuerdo en la designacion de una persona para esposo de la jóven, y eso aun dando de barato que llegase su abnegacion hasta el extremo de desatender su propio interés, puesto que la boda privaba á los tres de hecho de la pingüe renta que venian disfrutando. Era, por tanto, aquel un medio indirecto, pero casi seguro, de que Aurora no heredase jamás á su tio.

D. Pedro, que era proyectista como él solo, tenia puestas sus miras en un químico que le ayudaba en sus desatinados esperimentos; Doña Engracia, á fuer de devota, queria por sobrino al que lo era de un prelado; D. Cárlos, calaveron y disipado, habia escojido por su parte á otro mozo mas calavera todavia que él, en tanto que la verdadera interesada, jóven de excelentes prendas, desdeñaba á los tres y no parecia inclinarse á otro alguno.

Así las cosas, se presenta en escena D. César de Illana, vizconde de los Palmares, marino listo y emprendedor; el cual venia á reclamar una parte de la herencia, por créditos anteriores de su ya difunto padre. El marino, antes de darse á conocer, vé á Aurora, la ama, y con el auxilio de Don Diego se propone vencer todos los obstáculos para unirse á ella, puesto que ya ha logrado cautivar su vírgen corazon. Al efecto adula á D. Pedro, le admira, y se presta á ser su colaborador; con Doña Engracia es ascético, y le ofrece consagrar una buena parte de la herencia á que aspira á la creacion de una casa de recogidas; doma los fogosos caballos de D. Cárlos, bebe mas que él, y no retrocede ante ningun género de calaveradas. Los tres están conquistados ya.

Pero no era eso todo; se hacia preciso que cada cual diese su voto por separado, á fin de no alarmar á los otros. Esto se consigue mediante un papel que presenta Don Diego á nombre de Aurora, en el cual se pide que los tres parientes manifiesten en secreto la persona á quien autorizan para esposo de la reclamante. De esta suerte D. César es nombrado por unanimidad, y aunque el nombramiento despues de conocido produce ciertas protestas, el favorecido las acalla ofreciendo á cada cual que coadyuvará con la herencia á sus intentos. Si esta promesa llega á cumplirse á medida del deseo de los tres, es cosa que por el momento importa poco á los espectadores.

Esta es la comedia. Diremos primeramente algo de su carácter general, y despues entraremos en la manera conque está desenvuelta.

En este siglo pretencioso y con pujos de grave, en el que los pollos creen rebajar su dignidad si bailan una polka, y en el que desde los bancos de las aulas se aspira ya á las altas posiciones; en este siglo, decimos, se suele mirar con cierta especie de desden toda obra dramática que, contentándose con agradar simplemente, no se sube á mayores para representar los grandes vicios sociales ó para investigar las recónditas sinuosidades de la diplomácia. No somos nosotros de esta opinion. La comedia, siendo como lo es y no mas, un honesto pasatiempo, presenta un vastísimo campo en donde puede caber todo lo que cumpla con aquella su única condicion, y bajo este punto de vista dicho se está que aceptamos la obra del Sr. Palomino. Ahora, respecto al modo con que esta haya sido desempeña da por el autor, la crítica nos impone el doble deber de emitir una opinion sin pretensiones, tanto acerca de las faltas que hemos creido hallar, como acerca de las buenas condiciones que la produccion contenga.

Si no ha sido coincidencia casual la que ha mediado en la eleccion del argumento, como pudiera suceder, nosotros, con la libertad á que nos autoriza el buen afecto que debemos al Sr. Palomino, vamos á tacharlo de un tanto perezoso, puesto que, pudiendo inventar por sí un argumento, nos presenta en lo esencial el de la novela titulada *El marqués de Letoriere* ó bien sea *El arte de agradar*. En aquella, los tres jueces del pleito son de diversos caractéres, y el marqués, siguiendo la corriente á cada uno, logra que le den su voto; pero allí ninguno de ellos tiene un interés personal en que la herencia no se adjudique, como aquí sucede, lo cual hace menos violento el desenlace de la novela que el de la comedia. Además, el carácter de D.ª Engracia nos parece un tanto aventurado en la escena. Un proyectista de la especie del D. Pedro puede fácilmente malgastar una herencia; un calavera como César es de esperar que la derroche; pero el vestir niños de cera y adornar altares no son cosas que puedan dar en tierra con un pingüe caudal, y aunque aquí entrara la ereccion de un asilo benéfico, no nos parece esto suficiente á tildar intenciones y proyectos que tienden en su esencia á fines laudables. La piedad, cuando es sincera, debe ser respetable hasta en sus extravíos. ¿Porqué no se hizo hipócrita á Doña Engracia? Entonces nada tendríamos que objetar.

Fuera de esto, la comedia está escrita con facilidad y ligereza, tiene buenos versos, no hay escenas injustificadas ni situaciones episódicas, hay soltura en el diálogo, y los caractéres de Illana, de Aurora y de D. Diego son interesantes y atractivos. La obra fué, por tanto, aplaudida, y el autor llamado por dos veces á la escena. Este satisfactorio éxito debe ser un estímulo para el Sr. Palomino, quien dará á nuestras desautorizadas observaciones el verdadero valor que puedan tener, puesto que le consta que jamás hemos abrigado la necia pretension de infalibilidad ni mucho menos.

La ópera continúa sus tareas con buena fortuna por lo general, y además con grandes esperanzas. A la fecha en que escribimos no se ha presentado aun la Sra. Penco, la cual hace algunos dias que llegó á nuestra poblacion, donde ha sido recibida como merece el alto nombre que goza en el mundo filarmónico. En la noche misma de su llegada la orquesta del teatro le dió una brillante serenata, cuyo acto estuvo concurridísimo.

Tampoco podemos ya ocuparnos hoy de la Sra. Dory, que se ha presentado con *La Favorita*. Quedará para otro dia.

La llegada de las nuevas cantantes dará algun descanso á la Sra. Ponti, que ha llevado ella sola hasta aquí todo el peso del trabajo con tanta constancia y buena voluntad como acierto. El público continúa prodigándole muchos y muy merecidos aplausos.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

Explicacion del figurin iluminado de disfraces.

Con el fin de que nuestras lectoras puedan prepararse para el Carnaval, que en el próximo año cae bastante alto, les damos hoy un bello figurin de disfraces.

VESTIDO DE DAMA TURCA. Pantalones anchos de muselina de seda azul, orillados por un galon de oro. Encage de tela blanca (egipcia) con listas mates y claras; corpiñochaqueta, escotado por delante con mangas cortas, de terciopelo azul, adornado de pasamanería de oro y broches de pedrería. Ceñidor argelino con listas de colores vivos. Camiseta semi-montante, con mangas anchas y largas, de muselina blanca de seda muy clara á listas. El tocado se compone de un chal encarnado con listas de oro. Un gran albornoz blanco con borlas largas completa vestido. Medias de seda blanca; babuchas de terciopelo enoarnado, bordadas de oro, y guarnecidas por una borlita de seda floja blanca.

VESTIDO DE ANDALUZA. Enagua de raso negro, que apenas llega al tobillo. La guarnicion se compone de un ancho fleco de felpilla negra con mezcla de azabaches, y dispuerto en ondas. Una segunda fila de fleco mas estrecho puesta recta encima de la primera. El corpiño se compone de una chaqueta Fígaro semi-escotada de terciopelo grosella, guarnecida de bellotitas doradas. Esta chaqueta se abre sobre un peto de raso amarillo, adornada con un enrejado de cintas de terciopelo negro. Las mangas, abiertas por el codo, y dejando paso á las interiores blancas, llevan tambien adorno de bellotitas, y una hombrera formando conchas, hechas con cinta amarilla de raso. Ceñidor de seda encarnada con listas amarillas, anudado en el lado izquierdo. En la cabeza, mantilla de encage negro prendida con una rosa de color grosella. Zapatos bajos de raso negro, ribeteados de cinta grosella.

El peto de raso amarillo, y que forma por delante una punta redondeada, lleva dedillos en su borde inferior. Las mangas interiores son de tul blanco, y no llegan mos arriba del codo.

Entre los continuos elogios con que toda la prensa de España favorece á nuestra publicacion, por los que les damos las merecidas gracias, hemos leido los que nos dedica la siguiente bellísima poesía, inserta en uno de los últimos números de *La Correspondencia*.

La trasladamos á nuestras lectoras, para que vean que no en vano nos honran con su proteccion, de la que cada vez procuraremos hacernos mas dignos.

A LAS DAMAS ESPAÑOLAS.

Si vais al Prado algun dia
y sentada en su carruaje
veis que luce airoso trage
y adornos de pedrería
la marquesa de H ó B;
decid sin temor de que
se os descomponga la boda,
que aquella señora vé
el figurin de *La Moda*.

Si en la Zarzuela ó el Real
veis que el público admirado
se queda al ver el peinado
de la duquesa de tal:
miradlo con atencion,
reparad por un instante,
y vereis que aquel peinado
lo hicieron teniendo al lado
los de *La Moda Elegante*.

Si en cualquier baile ó *soiré*
llama la atencion la falda,
el abrigo ó la guirnalda
de la señora de T;
no por eso os aflijais,
ni pidais á Paris nada:
cualquier modista os lo hará
teniendo á la vista *La*
Moda Elegante Ilustrada.

No olvideis, pues, la leccion,
y obrando con desparpajo
haced una suscricion;
Jesús del Valle—6—bajo
teneis la administracion.

ADVERTENCIA.

Tenemos el gusto de anunciar á nuestras elegantes suscritoras que con uno de nuestros primeros números recibirán un magnífico *figurin iluminado, del tamaño de dos páginas del periódico*, que representa las últimas capas y confecciones nuevas para la estacion de invierno,

Este grabado que nos cuesta cuatro veces mas que los otros que repartimos, es una prueba mas de los esfuerzos que hacemos para agradar á nuestros favorecedores.

Los señores suscritores que empiezan su abono en el presente mes, pueden recibir si gustan las entregas publicadas de la novela **El Corsario negro**, remitiendo á nuestro Administrador el importe de ellas, el cual es un real de vellon por cada una.

Todo pedido de suscricion deberá venir acompañado de su importe en libranzas de Tesorería ó del Giro Mutuo, sin cuyo requisito no podrá ser servido.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ: 1863.—IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA, Bomba, n. 1.

© Biblioteca Nacional de España

Leroy Imp. Paris

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Cadiz

№ 50

© Biblioteca Nacional de España